

Las caravanas de mayo: familias migrantes en la cosecha de caña (Tucumán, segunda mitad del siglo XX)

Noemí Maldonado

Resumen

La presencia de trabajadores santiagueños en la cosecha de caña de azúcar tiene sus raíces a principios del siglo XX. La proximidad geográfica de Río Hondo con la provincia de Tucumán y la imposibilidad de las economías campesinas de autosolventarse de la producción caprino-agrícola, impulsaron históricamente la movilidad laboral como medio de subsistencia. Hombres, mujeres, niños y niñas constituyeron la mano de obra de una de las industrias más importantes del noroeste argentino. Si bien los registros estadísticos visibilizaron sólo la mano de obra masculina, otras fuentes como entrevistas y fotografías dan cuenta de la presencia de mujeres, niños y niñas de diferentes edades. A partir de su análisis y desde una perspectiva de género, en este artículo nos proponemos abordar los procesos y experiencias atendiendo a las jerarquías que regían la división familiar del trabajo y las desigualdades devenidas de ello.

Palabras clave: migración, trabajo familiar, jerarquías, desigualdades

Las caravanas de mayo: migrant families in the sugar cane harvest (Tucumán, second half of the 20th century)

Noemí Maldonado

Abstract

The presence of workers from Santiago in the sugar cane harvest has its roots in the early 20th century. The geographical proximity of Río Hondo to the province of Tucumán and the impossibility of peasant economies to support themselves from goat and agricultural production historically encouraged labour mobility as a means of subsistence. Men, women, boys and girls made up the workforce of one of the most important industries in northwest Argentina. Although the statistical records made visible only the male workforce, other sources such as interviews and photographs show the presence of women, boys and girls of different ages. Based on their analysis and from a gender perspective, this article aims to address the processes and experiences in terms of the hierarchies that governed the family division of labour and the resulting inequalities.

Keywords: migration, family work, hierarchies, inequalities

Las caravanas de mayo: familias migrantes en la cosecha de caña (Tucumán, segunda mitad del siglo XX)

Noemí Maldonado¹

Introducción



Imagen 1. Trabajadores de la caña parten junto a sus familias desde Las Termas de Río Hondo hacia Tucumán, año indefinido (Fotos antiguas de Termas de Río Hondo, s.f.)

El ocho de noviembre del año 2022, un grupo privado de la red social Facebook llamado “Fotos antiguas de Termas de Río Hondo” compartía esta imagen. Allí puede verse posando ante la cámara a cuatro jinetes masculinos y trece personas arriba de un carro volquete tirado por cuatro mulas. En el carro se observan mujeres, niños y niñas. La imagen retrata el momento previo en el que, suponemos, la familia iniciaba su trayecto desde Río Hondo hacia las llanuras tucumanas para emplearse en la cosecha

¹ Licenciada en Sociología, Universidad Nacional de Santiago del Estero. Tesista en la Maestría en Ciencias Sociales y Humanas, Universidad Nacional de Quilmes. Doctoranda en Historia, Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Correo: maldonado_nm@yahoo.com.ar

estacional de caña de azúcar. No se precisa el año en el que fue tomada la fotografía, pero presumimos que corresponde a la década del cincuenta. La publicación recibió veintinueve comentarios. Como espectadores del fenómeno, algunos de ellos refieren haber visto en su niñez pasar, año tras año, caravanas de carros por la ruta hacia Tucumán. Otros, como protagonistas directos, recordaron formar parte de esos viajes junto a sus padres, hermanos, abuelos, tíos y primos.

Si bien los registros estadísticos visibilizan solo la mano de obra masculina, otras fuentes como entrevistas y fotografías dan cuenta de la presencia de mujeres, niños y niñas de diferentes edades. A partir de su análisis, y desde una perspectiva de género, en este artículo nos proponemos abordar los procesos y experiencias atendiendo a las jerarquías que regían la división familiar del trabajo y las desigualdades devenidas de ello.

Este artículo aborda una periodización que comprende las décadas centrales del siglo XX hasta fines de la década del setenta, momento en el que la cosecha de caña de azúcar, convertida en una industria deteriorada, dejó de funcionar como principal recurso laboral para la población de Río Hondo. De esta manera, caracterizamos el mercado de trabajo agroindustrial azucarero y analizamos los procesos productivos y el rol que las obreras y los obreros santiagueños desempeñaban en las tareas de cosecha, poniendo el foco en las jerarquías, en la composición de mano de obra familiar y en el rol de las mujeres tanto en el ámbito doméstico como en los surcos.

La reconstrucción de los movimientos migratorios, dinámicas laborales y roles de género fueron posibles a partir del análisis de fuentes primarias. Para ello, se realizaron ocho entrevistas en profundidad a hombres y mujeres de Río Hondo que participaban de la cosecha de caña en Tucumán. Además, se desarrollaron comunicaciones personales a través de la red social Facebook con tres participantes del grupo privado “Fotos Antiguas de Termas de Río Hondo”. Las interacciones surgieron a partir de comentarios en fotografías compartidas en dicho espacio, lo que permitió la recolección de relatos y memorias sobre la experiencia migratoria y laboral de la región. Estos espacios virtuales tienen el carácter de acervos de información sobre el pasado (Stock, 2016) en el que las personas interactúan a partir de la publicación de fotografías y otros materiales audiovisuales (Garazi, 2023).

Por otra parte, se analizan variables sociodemográficas de la provincia de Santiago del Estero y del departamento Río Hondo a partir de los datos del Censo Nacional de Población. Asimismo, el corpus fotográfico utilizado tiene un carácter ilustrativo y proviene del repositorio del Archivo General de la Nación, así como de la muestra artística *Tucumán Arde*, cuya colección pertenece a una de sus autoras, Graciela Carnevale.

En el primer apartado, se abordan los procesos productivos y las características del mercado de trabajo estacional, y se analizan la modalidad migratoria familiar y las jerarquías y desigualdades de género que incidían en la división y valoración del trabajo y la circulación del dinero. El apartado siguiente propone un abordaje analítico sobre el rol femenino entre las ocupaciones domésticas y las de zafra en los surcos. Busca enfatizar en el valor del trabajo productivo, comúnmente subvalorado como ayuda o colaboración.

Las migraciones desde Río Hondo hacia Tucumán formaron parte de una larga tradición que caracterizó a la región desde épocas coloniales y que se profundizó con la incorporación de la economía argentina a la división internacional del trabajo como nación primaria exportadora en las postrimerías del siglo XIX y que favoreció la expansión agrícola-ganadera pampeana. Este proceso posicionó a las economías regionales en un lugar subalterno dentro del mapa productivo nacional. Por fuera de la centralidad de Buenos Aires y sus puertos, las economías periféricas fueron alentadas por políticas públicas para abastecer el mercado interno (Girbal Blacha, 2020).

Hacia fines de siglo XIX, el tendido de líneas férreas hacia el noroeste revalorizó el precio de las tierras y condujo al abandono de la producción artesanal y a pequeña escala. A su vez, la importación de tecnologías provenientes de Europa, dio paso a la edificación de los primeros ingenios, a la producción masiva y a la comercialización en el litoral pampeano y el exterior (Gaignard, 2011).

Para el segundo decenio del siglo XX, la industria del azúcar constituía una de las más importantes del noroeste argentino, en cuyo centro, la provincia de Tucumán asumía el liderazgo frente al incipiente proceso de desarrollo que se gestaba en Salta y Jujuy. Las condiciones óptimas del suelo, el clima subtropical húmedo y la densidad poblacional convertían a Tucumán en portadora de ventajas comparativas (Míguez,

2012) frente a sus competidoras cercanas (Balán, 1976). Asimismo, las políticas proteccionistas durante el primer peronismo contribuyeron a fortalecer el sector. En este contexto, se tomaron una variedad de medidas que iban desde el control de precios, subsidios e incentivos para mejorar la producción (Bravo y Gutiérrez, 2014).

Mientras tanto, en Santiago del Estero, los movimientos migratorios se intensificaban como respuesta de la población nativa a las escasas oportunidades laborales por fuera del obraje (Tasso, 2007). La tendencia al desplazamiento cobró mayor relevancia hacia fines de la década del treinta. La agricultura y la ganadería del pequeño productor santiagueño, cuyo destino principal era el autoconsumo, sufrieron una pérdida de stock del 80% por efecto de las sequías de los años 1935-1937. Como sostienen Ledesma *et al.*, “al hambre, siguió el éxodo” (2011, p. 47).

Hacia la década de 1930, la crisis económica internacional impactó en la región a través de la caída de los precios agrícolas, las políticas proteccionistas y la restricción a los créditos externos. No obstante, esto no fue un condicionante para el crecimiento de la industria del azúcar, ya que, a diferencia de las producciones agropecuarias pampeanas, los ingenios tucumanos abastecían en primer término al mercado nacional. Más adelante, con la llegada del peronismo, las políticas intervencionistas continuaron expandiendo el sector (Girbal Blacha, 1999). Si bien la industria azucarera había nacido a la sombra del modelo agroexportador pampeano, su carácter regional le habría permitido subsistir a los embates externos.

Hasta su crisis a fines de la década del sesenta, la industria azucarera consolidó una estructura productiva basada mayoritariamente en el trabajo estacional. Las grandes y medianas explotaciones, que no lograban autoabastecerse con mano de obra familiar, reunían para las fases de cultivo y cosecha un total de 63.000 obreros, de los cuales el 83% eran trabajadores transitorios (Murmis y Waisman, 1969, como se citó en Giarraca *et al.*, 2001)². La composición de mano de obra migrante, en este sentido, era significativa. En primer término, los ingenios sostenían la producción a partir del trabajo ofrecido por obreros que arribaban desde distintos rincones de la provincia; en

² Estos datos deben ser tomados con cierta cautela dado que los mismos no registran la presencia de otros integrantes de la familia que también trabajaban en la cosecha y, por lo tanto, invisibilizan una parte considerable de la mano de obra. Sin embargo, en este artículo los utilizaremos como referencia dado que fue lo observado en las fuentes primarias.

segundo lugar, de migrantes golondrinas³ que llegaban desde Santiago del Estero, y en una menor proporción, de trabajadores de Catamarca (Gaignard, 2011).

En este sentido, la participación de trabajadores santiagueños presentaba características distintas respecto de los trabajadores catamarqueños. Entre los primeros, la migración de grupos familiares completos era más común. Esta modalidad laboral permitía elevar los niveles productivos y maximizar ingresos. Sin embargo, la migración de familias completas era menos frecuente entre trabajadores catamarqueños. Las razones que explican esta diferencia Jorge Balán (1976) las sintetiza en dos simples causas: las mayores distancias y dificultades para descender desde los altos valles catamarqueños, y la participación femenina en la artesanía textil de Catamarca, que convertían a la cosecha de caña en un mercado poco atractivo.

La presencia de trabajadores santiagueños en la cosecha de caña de azúcar se remonta a principios del siglo XX (Bialet Massé, 1904; Canal Feijóo, 1948). En su *Informe sobre el estado de las clases obreras*, Juan Biallet Massé describió a los jornaleros santiagueños como hombres que provenían de los parajes más aislados del *movimiento moderno*, sin formación escolar, y en su mayoría analfabetos. Según el autor, las faenas en la caña tucumana reunían a hombres incultos, ya que los más instruidos se sabían mejor remunerados en Santa Fe y Córdoba.

De los parajes rurales del departamento Río Hondo provenían la mayoría de los trabajadores estacionales que, cada año en el mes de mayo, recurrían a la zafra para complementar las flacas economías campesinas. Las características del medio rural, como la baja precipitación y los suelos poco aptos para el cultivo, fueron factores limitantes que impulsaron históricamente la migración, al condicionar la variedad y cantidad de bienes de consumo producidos por las familias campesinas.

³ Carlos Reboratti (1976) define migraciones golondrinas como aquellos desplazamientos poblacionales regulares y estacionales que responden a la demanda de mano de obra en los periodos de cosecha en diversos cultivos entre las distintas regiones del país.

Mapa 1. Departamento Río Hondo en la provincia de Santiago del Estero.

La mano de obra masculina era mayoritaria entre los trabajadores registrados en la cosecha de caña de azúcar. Sin embargo, otras fuentes como las entrevistas o las fotografías dan cuenta de que los cosecheros santiagueños llegaban a las plantaciones acompañados por sus esposas e hijos, quienes también desarrollaban tareas de cosecha. Salvo excepciones, las labores femeninas fueron invisibilizadas en los registros y catalogadas como complementarias a las faenas masculinas. De esta manera, quedaba minimizando el rol productivo y el trabajo gratuito realizado por las esposas, hermanas, hijas e hijos.

Pese a que numerosas investigaciones señalan el volumen del personal ocupado en las distintas etapas del proceso agroindustrial zafreño, ¿es posible conocer el número de trabajadores que asistían a las cosechas, cuando no todos los miembros del grupo familiar se encontraban incorporados en los registros? ¿Qué papel desempeñaban los hombres y las mujeres en las distintas etapas del proceso agrario? ¿Qué tipo de valoraciones giraban en torno al trabajo femenino y masculino? ¿Cómo incidían esas

valoraciones en la distribución de las ganancias? Si la persona contratada solía ser el varón de la familia, ¿cómo se insertaban las mujeres en las relaciones laborales? ¿La ausencia de contratos suponía para ellas trabajo gratuito?

Estas interrogantes invitan a reflexionar sobre las dinámicas laborales y de género en el contexto de las migraciones hacia el complejo agroindustrial azucarero en Tucumán. A partir de estas premisas, se busca indagar cómo las estructuras sociales moldearon las formas de inserción laboral y las percepciones sobre el trabajo, en especial, en lo referente a la contribución de las mujeres en un sistema que invisibilizó y desvalorizó su participación. Estos temas serán analizados en los siguientes apartados.

Procesos, jerarquías y división del trabajo

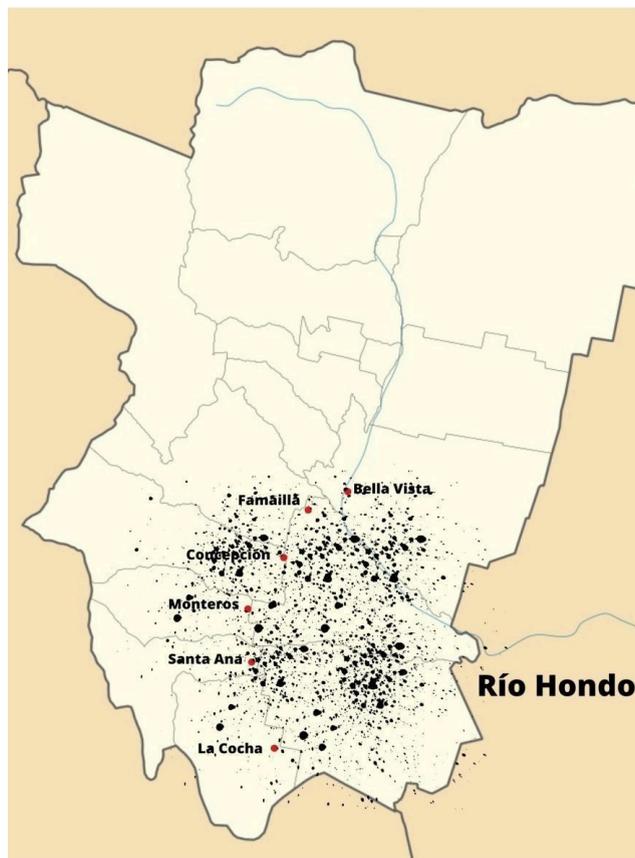
Para el año 1960, el Censo Nacional de Población mostraba que Río Hondo presentaba un total de 21.849 habitantes, distribuidos entre la comunidad urbana de Termas de Río Hondo y 48 parajes rurales. Estos números reflejaban, respecto del censo de 1947, una notable merma en la cantidad de población (casi un 35%)⁴. Los ciclos de actividad económica y oferta laboral forzaban a las familias a circular entre mercados de trabajo estacionales fuera de la provincia haciendo difícil la fijación en el territorio. La pequeña economía de subsistencia provenía de la producción de alimentos en explotaciones campesinas de bajo desarrollo tecnológico, con lo cual los ingresos como trabajadores asalariados de los distintos miembros del grupo doméstico representaban el principal sustento económico (Forni *et al.*, 1991).

El censo de población de 1960 ofrece elementos descriptivos sobre la conformación de las familias. Una de las características más sobresaliente es la que refiere las altas tasas de fecundidad que, en promedio, rondaba los seis hijos por mujer. A su vez, la familia nuclear se ampliaba con la inclusión de nietos y sobrinos, cuyos padres se encontraban, en la mayoría de los casos, fuera del territorio. Si bien la estructura familiar patriarcal era la predominante (Forni *et al.*, 1991), en ausencia de los hombres jefes de familia, la autoridad recaía en las mujeres longevas.

⁴ Según el Censo Nacional de Población, para el año 1947, el número de personas que residía en Río Hondo ascendía a 26.814. En el año 1960 sufre una pérdida del 34,7%. El censo posterior de 1970 marcaría un leve aumento y dejó evidenciado que vivían en el departamento un total de 27.710 personas.

Al llegar el período de cosecha en el mes de mayo, las medianas y pequeñas explotaciones cañeras iniciaban el proceso de reclutamiento de jornaleros. Este rol era asumido por los contratistas o conchabadores⁵, quienes se desempeñaban como intermediarios entre los productores de caña y los jornaleros, por un porcentaje de la producción de las personas que él contrataba (Giarraca *et al.*, 2001).

Mapa 2. Zona de plantaciones de caña y ubicación de los ingenios. Los puntos rojos corresponden a las zonas de plantación en la que las familias de Río Hondo se empleaban cada año.



⁵ La institución del conchabo rigió las relaciones laborales en las provincias y los territorios nacionales durante el siglo XIX. La papeleta del conchabo era un documento emitido por la policía o Juez de Paz y acreditaba un vínculo laboral existente entre el individuo portador y su empleador. Toda aquella persona que no fuera propietaria o no contara con oficio o profesión, y que no pudiera acreditar ingresos o medios de subsistencia, era sospechado de vagancia y sometido a distintos castigos.

En la provincia de Tucumán, el sistema de conchabo favoreció la expansión de la industria del azúcar y de un mercado de trabajo basado en la captación, coacción y retención de trabajadores. En el año 1896, se deroga la ley del conchabo, virando hacia un sistema de trabajo libre y unificado. Cfr. Campi (1992) y Campi y Jorba (2001).

Los contratistas establecían relaciones directas con los obreros. A través de visitas personales casa por casa, o bien por medio de correspondencia, daban a conocer a las familias el comienzo de la zafra. Las condiciones de contratación variaban en las distintas temporadas. La regla general suponía el ofrecimiento de hospedaje para el jefe de cuadrilla y su grupo de trabajo. Las características habitacionales sufrieron modificaciones a lo largo del tiempo. Antiguamente, los trabajadores residían en ranchos precarios contruidos con cañas y adobe. Más tarde, esas viviendas mutaron hacia edificaciones como conventillos o galpones para ser compartidos por grupos más amplios de trabajadores.

En el año 1977, Roxana, con 11 años de edad, acompañó a su abuela a Tucumán para ayudarla en los quehaceres domésticos. Respecto de las viviendas recuerda que

En un galpón nos tenían a todos. Era un galpón grandísimo donde nos ponían a todos. Como 20 familias divididas con caña tacuara, y las camas que tenía también eran de caña tacuara. Llevábamos los colchones y las frazadas nomas para dormir nosotros (Roxana, comunicación personal, Termas de Río Hondo, diciembre de 2022).

José trabajó quince temporadas consecutivas en la cosecha de caña. Él recuerda que emplearse con un mismo productor cañero cada temporada podía resultar en beneficio y asegurarse mejores condiciones para el alojamiento. Relata que

Si vos ibas todos los años, vos ya tenías tu pieza para que vayas. Yo me acuerdo, al principio te lo hacían con el mismo despunte [parte superior de la caña] y chapas. Después las empezaron a hacer de material. De la ropa de trabajo te hacías cargo vos. Había una lona que se compraba y se hacía guardapantalón, para que no se te gaste tanto el pantalón (José, comunicación personal, Mar del Plata agosto de 2022).

En carros volquetes tirados por mulas, las familias cargaban todo aquello que pudiera precisarse en la estada: sillas, colchones, elementos de bazar, ropa de abrigo y abundante comida. Si un carro no era suficiente para soportar toda la carga, se empleaba un segundo. Así, encolumnados, los carros iban uniéndose en caravana hacia Tucumán, en un viaje que podía demorar hasta dos días.

Los equipos de trabajo se denominaban cuadrilla y funcionaban en dos niveles jerárquicos; por un lado, respecto de la estructura agraria, se posicionaban en la base del proceso productivo, por otro, hacia el interior de la estructura doméstica, en cuyo centro el hombre adulto detentaba la autoridad. El número de integrantes era variable y se

componía de miembros del grupo familiar nuclear e incluso otros con vínculos de parentesco. Las labores de cosecha insumían el trabajo de gran parte del equipo, pero no eran las únicas tareas a realizarse. En los ranchos, las mujeres y las niñas ejecutaban el trabajo doméstico. Ello incluía la costura, el lavado de ropa, la elaboración y el traslado de la comida hasta las plantaciones para servir en los momentos de descanso⁶.

Toda cuadrilla tenía un jefe que, salvo excepciones, era el hombre con mayor jerarquía dentro del grupo familiar. Los arreglos contractuales los realizaba él mismo con el contratista y era el único en contar con registración laboral⁷. Al llegar a las plantaciones, el jefe de cuadrilla comunicaba al capataz sobre la conformación de su equipo de trabajo, la vestimenta y las herramientas que necesitarían.

Las primeras tareas al arribar a las plantaciones consistían en el laboreo del suelo y el cultivo para la siguiente temporada, una tarea que podía tomar entre una semana y diez días. Posteriormente, se avanzaba sobre la cosecha manual, para lo cual era necesario realizar la división del espacio sobre el cual se trabajaría.

Una finca cañera constaba de por lo menos 50 hectáreas. Toda la superficie cultivada se dividía en “tablones” de aproximadamente 100 metros. Los tablones estaban separados entre sí por callejones de 5 o 6 metros de ancho. En línea recta, cada tablón contenía los surcos de caña, distanciados unos de otros en forma paralela y a una distancia de 1,70 metros de espacio sin sembrar (Paladini, 1969).

La cosecha implicaba cortar la caña al ras del suelo con macheta afilada. La caña derribada debía ser pelada. Para ello, se tomaba el extremo superior, se quitaba la malhoja y la punta. Este ejercicio requería de la utilización de un cuchillo y se denominaba descolar o despuntar. Una vez peladas y despuntadas, las cañas se apilaban para ser cargadas de forma manual y, una vez arriba del carro, eran atadas formando una “carrada” de aproximadamente 2500 o 3000 kilos. La modalidad de carga, con los años, fue virando de un sistema de tracción a sangre hacia el remolque con tractor.

El trabajo a destajo descansaba en las lógicas del asalariado temporal, es decir, cuantas más toneladas de caña derribara la cuadrilla, mejor sería el rendimiento y más

⁶ La reconstrucción de los procesos de producción y la división del trabajo se realizó a partir del corpus de entrevistas.

⁷ Si la cuadrilla estaba integrada solo por hombres mayores de edad, la registración laboral alcanzaba a todos sus miembros.

anticipadamente avanzarían sobre los tablones pautados con el empleador. El mismo grupo de cosecheros tenía autonomía para decidir a qué hora comenzar la jornada. De esta manera, aquellos equipos de trabajo que finalizaran con la totalidad de los tablones fijados por el patrón podían continuar con la cosecha para otro productor cañero.

Para acelerar los procesos de cosecha y garantizar un mejor rendimiento económico, las familias concurrían a toda hora a las plantaciones. Al caer la tarde, las tareas de corte podían tornarse aún más peligrosas por falta de luz. Sin embargo, Roxana señala que

en la madrugada se escuchaban el ruido de los machetes nomás. Porque la gente, para ganar tiempo, como era al tanto, iban a la madrugada. A las tres de la mañana, dos de la mañana se iban a voltear la caña. Y el ruido de los machetes se sentía nomás. (Roxana, comunicación personal, Termas de Río Hondo, diciembre de 2022)

Liliana, una trabajadora migrante, acompañó a su padre y hermanos a la cosecha desde muy pequeña hasta cumplir sus catorce años. Ella recuerda que los tiempos de trabajo se fijaban en función del volumen de caña. A diario, los surcos se asignaban en partes iguales entre las familias cosecheras y, a fin de jornada, cada cuadrilla habría derribado una cantidad objetivo impuesta por el capataz. Aquel equipo que lograra adelantarse en la cosecha podía avanzar sobre los surcos del día siguiente. Esto generaba rispideces entre las distintas cuadrillas, ya que implicaba acelerar los procesos de corte y apilado, llevando el trabajo a condiciones extremas, en jornadas que superaban las doce horas diarias.

Ponele que la cuadrilla ha terminado a las seis de la tarde, nosotros que no hemos terminado a las seis de la tarde, teníamos que seguir hasta que terminábamos. Si a veces terminábamos a las diez de la noche, once, doce, lo tenías que hacer. Y eso mismo que nosotros hacíamos lo hacían todas las cuadrillas para empezar el trabajo parejo al día siguiente, o esa misma noche. Porque ponele que había cuadrillas que decían, bueno, vamos a acelerar el trabajo a las doce de la noche, y vamos hasta las dos de la mañana, y se iba. Nos íbamos todos a esa hora. (Liliana, comunicación personal, Termas de Río Hondo, septiembre de 2021)

En línea recta frente al cañaveral, la cuadrilla avanzaba realizando cortes con macheta a pocos centímetros del suelo. Al caer, las cañas eran peladas y despuntadas. Luego, se amontonaban a un costado a la espera del tractorista, que las trasladaba hasta el ingenio, donde la materia prima era vendida. Este proceso se denominó cosecha semimecanizada, porque, si bien las tareas de corte y pelado eran manuales, el

transporte se realizaba en camiones o tractores. Antiguamente, la carga de caña cosechada era transportada en carros tirados por bueyes o mulas.

**Imagen 2. Año 1940. Transporte de caña de azúcar. Tucumán.
AGN-AGAS01-RG-3035-193416**



Imagen 3. Año 1924. "Extenso y tupido cañaveral", apilando caña para luego cargarla en los carros. San Miguel de Tucumán, República Argentina. Dpto. Documentos Fotográficos. Inventario 169353. Caja 3035. Buenos Aires. Argentina. (AGN. Archivo General de la Nación).



Al momento de la carga, el tractorista emitía un vale por un peso aproximado de la caña cosechada, que oscilaba entre los 2500 y 3000 kilos por cada carro. Dependiendo del número de miembros de cada cuadrilla y la rapidez en la tarea, su productividad podría alcanzar los dos carros diarios. Los vales entregados al jefe de cuadrilla de mano del capataz eran canjeados por dinero en efectivo los días 5 y 20 de cada mes.

Si el nivel de producción de las cuadrillas superaba la capacidad de transporte del tractorista, los capataces les solicitaban a los obreros suspender el corte por dos o tres días, ya que la caña cosechada que no era rápidamente procesada comenzaba a secarse y perdía propiedades principales como la sacarosa. El peregrinaje de los tractoristas por los distintos ingenios podía llevar varios días. La fijación de cupos del año 1966, definido por el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía, tuvo enormes perjuicios para las medianas y pequeñas explotaciones, y favoreció a los sectores más concentrados. Esto produjo un límite en la capacidad de venta de los pequeños cañeros obligándolos a rematar su producción en el mercado negro a precios desventajosos (Giarraca y Teubal, 1993). Así recuerda José las maniobras que realizaban los tractoristas para vender el producto en el menor tiempo posible:

Por ejemplo, se lleva una cuota al ingenio de Aguilares, ponele que acepten tantos kilos. Y otros tantos kilos a Santa Bárbara. Esos eran los ingenios que quedaban

más cerca y para los que trabajábamos siempre. Son tan grandes que reciben cañas de todos lados. Después están los ingenios que quedan más distanciados (José, comunicación personal, Mar del Plata, septiembre de 2022).

Los relatos recogidos a través de entrevistas permiten reconocer la jornada laboral estructurada en tiempos y funciones específicas según género y edad. En plena madrugada, los varones –jóvenes y adultos– se dirigían a los surcos a cortar la caña. Por su parte, las mujeres quedaban en los hogares desempeñando distintas funciones domésticas, como el lavado de ropa, la cocción de los alimentos, la costura y aseo del espacio de descanso. Por las mañanas, las niñas recorrían a pie distancias de hasta mil metros para ofrecer el desayuno a la cuadrilla. Caminaban llevando el pan casero y una pava de tres litros cargada con mate cocido caliente. Pasada la media mañana, las jóvenes regresaban para cocinar y servir el almuerzo. En ese momento, las cuadrillas pausaban las tareas de corte para comer y descansar. Las actividades se reanudaban en las primeras horas de la tarde. Allí, la concurrencia hacia los surcos se completaba con la participación de las mujeres y los niños y las niñas hasta finalizar la jornada.

Imagen 4. La fotografía forma parte de la muestra artística Tucumán Arde. Fue realizada por Graciela Carnevale en octubre del año 1968 y retrata a una familia de cosecheros en plena labor. Recuperada de *archivosenuso.org*



El día de pago, un integrante de la cuadrilla abandonaba las plantaciones para retirar de casa del productor el dinero de la quincena. Pese a que, como se mencionó anteriormente, toda la cuadrilla cumplía funciones como cosechadores, el dinero obtenido como compensación circulaba de manera desigual entre los integrantes del grupo de trabajo, es decir, de la familia.

Kristi Anne Stolen (2004), en su trabajo sobre la comunidad de Santa Cecilia al norte de la provincia de Santa Fe, señala que, antes de la mecanización de la agricultura prevalecía una división sexual del trabajo menos rigurosa. Si bien la participación de las mujeres en las tareas agrícolas era numerosa e importante, ese trabajo era asumido como ayuda o colaboración. A similares conclusiones arribó Diana Haugg (2022) para el caso de las cosecheras de yerba mate en Misiones. Este mercado de trabajo presentaba características similares a las faenas azucareras, cuya estructura estratificada proponía jerarquías en la que la mujer era considerada una trabajadora complementaria. Este aspecto será analizado más adelante.

El dinero ganado se repartía de maneras diferentes y ello dependía de distintos factores: composición etaria de la cuadrilla, composición por género y filiación, es decir, si el grupo de trabajo se estructuraba jerárquicamente a partir del padre/jefe de familia y quienes lo acompañaban eran su esposa e hijos, la menor parte de ese dinero era administrado por la esposa y cubría las necesidades domésticas más urgentes. El resto quedaba en posesión del esposo. Cuando la cosecha finalizaba, se invertía parte de ese dinero en la compra de prendas de vestir y calzados, y grandes cantidades de alimentos antes del regreso a Río Hondo.

Si la cuadrilla estaba integrada por un grupo de hermanos y hermanas mayores de edad, el dinero se repartía en partes iguales, contribuyendo colaborativamente a los gastos diarios y a las remesas.

Una vez por mes, José regresaba a su casa en Bahoma, Río Hondo, para entregar en mano parte del dinero de la quincena a su madre. Entregaba el suyo, pero también el de los hermanos, pues el dinero debía alcanzar para alimentar a los miembros más pequeños que habían quedado a su cuidado.

En las fincas tucumanas, las cocineras administraban la “caja chica” destinada a la compra de alimentos de consumo diario en las plantaciones. Otra modalidad

frecuente para la adquisición de alimentos era acordar créditos con los dueños de las proveedurías, con el compromiso de pago al cierre de cada quincena

...porque la gente no tiene maldad de no pagar, no tenía maldad. Siempre sabía el carnicero, el de la mercadería, que llegaba el 5 y ahí se pagaba, llegaba el 20, ibas y le pagabas. Y él contento. ¡Sabés!, no veían la hora que el santiagueño vaya. (José, comunicación personal, Mar del Plata, agosto de 2022)

Como señalamos hasta acá, el trabajo en las fincas cañeras requería de la participación de todo el grupo familiar para que la productividad alcanzara márgenes superiores y fuera una actividad redituable. Las tareas se dividían bajo una lógica de división del trabajo en el que las mujeres, además de estar afectadas a las tareas de cosecha en los surcos, debían realizar el trabajo reproductivo. En las líneas que siguen, se propone un análisis de esas funciones y las valoraciones que giraban en torno a esas actividades.

La presencia femenina en las fincas: ¿trabajo o ayuda?

Como muchas de las mujeres que entrevistamos, la presencia de Lidia en la zafra también comenzó a muy temprana edad. En la temporada del año 1969, nació uno de sus hermanos y, con tan solo diez años, Lidia tuvo que reemplazar a su madre en las funciones que comúnmente realizaba. El diálogo comenzó con una descripción breve de esas tareas:

Nos levantábamos con mis hermanos más chicos para buscar la leña. En frente de la piecita en la que estábamos todos, estaba la cocina, que no tenía cocina. Cocinábamos con fuego de leña. ¿Entiendes? Después preparar el cocido [matecocido] y mandarles [a la cuadrilla]. (Lidia, comunicación personal, Termas de Río Hondo, septiembre de 2021)

En esos primeros minutos de entrevista, Lidia quiso dejar claro que las labores de las mujeres migrantes en los surcos podían ser dos: la cocina –en un sentido amplio que engloba otros quehaceres– y la cosecha. Cortar, pelar y cargar la caña en los volquetes tenía una retribución económica directa. Cocinar para la cuadrilla, no. A lo largo de su vida laboral realizó ambas tareas. Como se mencionó anteriormente, desde pequeña, acompañaba a su padre y sus hermanos como cocinera. En su juventud, se incorporó a las cuadrillas para hacer el trabajo a la par de sus hermanos. Cuando Lidia se casó, continuó asistiendo a la cosecha con sus hijos y su esposo. La cocina, entonces, pasó a manos de sus hermanas más pequeñas.

Ante la pregunta si por cocinar para la cuadrilla recibía alguna compensación económica, Lidia se inquietó. “Nunca cobré por cocinar. Era, como decirte, era un orgullo cocinar para un grupo de gente. Era la vocación de cada una. Antes no teníamos la mentalidad esa de decir yo voy a cobrar, no”. Entonces, al preguntarle quiénes cobraban, “las que realmente trabajaban”, respondió.

Los debates acerca de qué es trabajo tienen una larga tradición en las ciencias sociales. André Gorz (1991) sostuvo que el trabajo, tal como se lo conoce, es un invento de la modernidad difundido por la industrialización cuyo escenario de acción fue, principalmente, el mundo público. Es allí donde el trabajo entendido como empleo remunerado adquiriría valor y utilidad, e involucraba al trabajador en una red donde mediaban derechos y obligaciones. Por contraparte, la esfera privada, como sinónimo de familia, debía zanjar las necesidades de la reproducción.

A diferencia de otros procesos productivos del ámbito rural, la caña en Tucumán no fue un área de competencia masculina estrictamente, aunque sí mayoritaria. La proporción de trabajo femenino era importante, aunque las cifras oficiales son discutibles. Alejandra de Arce (2016), en base a datos del Censo Nacional Agropecuario del año 1937, elaboró un registro en el que se indica que, en las explotaciones cañeras, el 17% se componía de mano de obra femenina.

Los trabajos de Catalina Wainerman (2007) en los últimos años de la década de setenta pusieron en cuestión los relevamientos y datos cuantitativos que graficaban la presencia de las mujeres en el mundo productivo. La autora sostiene que la imposibilidad de recrear valores representativos de las mujeres en el mercado de trabajo radicaba en los sesgos del propio instrumento de recolección del dato, diseñado bajo la noción clásica de la división sexual del trabajo.

Entre las múltiples formas de invisibilización del trabajo femenino en los ingenios tucumanos, Marcela Vignoli *et al.* (2021) identificó que una práctica habitual era registrar a las mujeres con identidades masculinas. “Era mejor que un hombre para pelar la caña”, decía Ramona Sabina Coronel, antigua trabajadora en los surcos tucumanos, en una entrevista realizada por Gladys González⁸. La rapidez y la destreza eran cualidades que distinguían a algunas mujeres cosecheras. José recuerda que había cuadrillas integradas mayoritariamente por mujeres que, en algunos casos, despertaba conflictos con los compañeros varones en una competencia por probar quiénes eran más rápidos.

Había mujeres como Zulema, Tía Porfidia y mi mami, eran mujeres que trabajaban más que el hombre. Mi mami, no cualquier hombre se iba a poner a la par a trabajar. ¡No sabes lo que era para trabajar! Otra cosa, ¡era rápida! Hay hombres, como te digo, eran lerdos (José, comunicación personal, Mar del Plata, agosto de 2022).

La presencia femenina en los surcos tensionaba las estructuras de un espacio tan masculinizado como contradictorio, pues prescindir de brazos femeninos –tanto de cosecheras como de cocineras– disminuía el rendimiento total e impactaba directamente en los ingresos familiares. El trabajo de las mujeres en los surcos cañeros era visto

⁸ Estudiante avanzada de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. Co-autora del libro *Mujeres y Feminismos. Historias de luchas en Tucumán 1966-2021* (2021).

como una amenaza al honor masculino y un desvío de los mandatos y costumbres en los sistemas de género (De Arce, 2016).

Imagen 5. Trabajadora rural cortando caña. Año 1940, Tucumán, Dpto. AGN Documentos Fotográficos. Inventario 320592. Caja 3034. Buenos Aires.



Las mujeres migrantes contribuían de múltiples formas a la economía de hogar. En la figura de las cocineras recaía una importante cantidad de actividades que incluían los mandados, preparar y servir los alimentos, el lavado y la costura, el cuidado de pequeñas huertas, la alimentación de animales de granja, el traslado de los alimentos hacia las plantaciones y la limpieza, entre otras. Pero, además, cuando todas esas tareas se encontraban resueltas, las cocineras se agregaban a la cosecha por las tardes.

Nosotras, si hacíamos el pan y hacíamos la comida toda a la mañana, y a la tarde no teníamos que lavar, ni amasar, nos sumábamos a hachar la caña. También era el trabajo que hacíamos siempre los niños y las cocineras (Norma, comunicación personal, Mar del Plata, noviembre de 2022).

Lidia, recuerda que, si una cuadrilla no tenía cocinera, entonces, uno de los miembros debía suspender la tarea para regresar al rancho y encargarse de ello, alterando directamente la productividad. Solo en el caso de que un grupo de trabajadores no contara con jóvenes de la familia afectadas a esta actividad, la opción era contratar a una cocinera y pagar por sus servicios, lo que implicaría una merma en sus ganancias.

El trabajo desarrollado por Diana Haugg (2022) acerca de las mujeres trabajadoras en la cosecha de la yerba mate en Misiones sugiere que la participación femenina en estos cultivos fue históricamente valorada como “ayuda familiar”. El rol complementario de la mano de obra femenina escondía un conjunto de desigualdades que debían dirimirse al interior de la unidad doméstica y que escapaban a la relación obrero-patrón.

Los argumentos que explican la participación femenina en el mundo del trabajo, sostiene Graciela Queirolo (2020), es la noción de complemento. En las sociedades capitalistas, las mujeres ingresaron al mercado laboral para complementar el ingreso masculino. La baja de los salarios percibidos por las mujeres resultó una trampa, no solo para maximizar ganancias, sino para desanimar a las mujeres y devolverlas al terreno de lo reproductivo.

Lejos de los contextos urbanos, en las fábricas de azúcar del interior tucumano, las mujeres eran contratadas para realizar diversas funciones. Una de ellas era la confección de bolsas, donde posteriormente el azúcar era envasada. En menor proporción, las mujeres con mayor formación educativa realizaban distintas funciones del área administrativa (Salomón y Muzlera, 2021), pero, por fuera de los ingenios, las mujeres locales ofrecían una amplia gama de servicios personales a los trabajadores de fábrica (Vignoli *et al.*, 2021).

Como se mencionó anteriormente, si para Lidia “las que realmente trabajaban” eran aquellas dedicadas a las pesadas faenas agrícolas, realizadas en conjunto con otros miembros de la familia, ¿merecía alguna compensación económica el trabajo como

cocineras? ¿O acaso las ocupaciones diarias eran una extensión de las funciones domésticas dentro del hogar en origen y, por lo tanto, eran interpretadas como una muestra de entrega abnegada?

En las sociedades modernas, la división sexual del trabajo otorgó a las mujeres la mayor carga doméstica. Los discursos sustentados en la biología natural les reservaron funciones ceñidas a los límites del hogar, principalmente la de gestar y cuidar a la prole. En espacios más conservadores, como los rurales, la femineidad doméstica se instituyó como norma y se socializó entre las mujeres de la familia desde edades muy tempranas. Por oposición, el hombre fue eximido de las responsabilidades de la reproducción y el cuidado (Remorini *et al.*, 2010). De esta manera, las mujeres adultas instruían a las niñas desde muy corta edad a realizar ejercicios sencillos de cocina y limpieza, que se complejizaban conforme las niñas crecían.

Yo me acuerdo que preparaba mi abuela las escobas de palitos cortos, porque éramos chicas. Se secaban las hojas y con eso hacían las escobas. A todas, nuestras primas también. (...) Y después a regar todo el patio. Porque te hacía regar todo el patio, levantar la basura, quemarla. Todo un trabajo. (...) las nenas tienen que aprender a cocinar y a lavar y esas cosas, nos decía (María, comunicación personal, Mar del Plata, marzo de 2021).

Los estereotipos de género que identifican al varón como único proveedor del hogar, en este contexto, se diluyen en la retórica. Podemos identificar, en el caso propuesto, modalidades de trabajo segregadas parcialmente, ya que, en el caso de las mujeres, el trabajo femenino desbordaba los límites de lo doméstico.

En los ranchos de la llanura cañera tucumana, el trabajo de las mujeres fue visto como una muestra altruista y no como trabajo productivo. Retomando a Magdalena León (2003), es preciso distinguir que el trabajo de cuidado en la familia, que puede aparentar una elección personal, en realidad constituye una alternativa nacida de las relaciones de poder entre hombres y mujeres. El altruismo se impone a las mujeres apelando a los discursos sobre el afecto y el orden natural, a los fines de sostener determinado orden social (León, 2003).

Reflexiones finales

Como se ha podido mostrar en este texto, el trabajo en las fincas cañeras tucumanas fue una actividad que se caracterizó por depender en gran medida de la

fuerza de trabajo de mano de obra migrante, en su mayoría de obreros de Santiago del Estero.

Regidos bajo una fuerte estructura patriarcal, las funciones tenían una distribución jerárquica que ubicaba a los hombres adultos en labores de cosecha exclusivamente, mientras las mujeres se ocupaban de sostener la reproducción cotidiana por dentro de los márgenes de lo doméstico, pero también por fuera como cosecheras en los surcos.

En la primera parte de este artículo, nos preguntamos si era posible conocer el número de trabajadores que asistían a las cosechas, cuando no todos los miembros del grupo familiar se encontraban en los registros. Una respuesta tentativa indicaría que eso no es posible, dado que la formalidad en las relaciones laborales alcanzaba solo a los varones mayores de edad y excluía mayoritariamente a las mujeres, lo que refleja una invisibilización del trabajo femenino.

La participación de las mujeres en la zafra desafiaba las nociones tradicionales de trabajo y de género, mostrando que las divisiones entre lo público y lo privado, lo productivo y lo reproductivo, son más permeables de lo que sugieren las concepciones hegemónicas. A través de su participación en las cosechas, las mujeres no solo demostraban su capacidad y disposición para contribuir al sustento familiar, sino que también cuestionaban con su trabajo las jerarquías de género arraigadas en los espacios rurales.

Respondiendo a otras de las preguntas planteadas al inicio sobre los roles de hombres y mujeres en los distintos momentos del proceso agrario, podemos afirmar que los hombres adultos se dedicaban principalmente a la cosecha. Por su parte, las mujeres, asumían un doble rol: por un lado, las tareas domésticas y reproductivas y, por otro, intervenían activamente en la cosecha.

Así, la participación de las mujeres en el trabajo agrícola fue percibida como ayuda familiar, ocultando las desigualdades de género arraigadas en estos espacios. Es así que el trabajo masculino fue el más valorado por ser el que se destinaba al mercado, por generar ganancias económicas y por ser también la vía de acceso a derechos laborales que permitieron, en un número muy importante de casos, acceder a la jubilación. La figura del hombre como único proveedor del hogar quedaba subsumida a

una mera expresión, porque el trabajo de las mujeres, a pesar de ser percibido como una muestra altruista y no como trabajo productivo, incidía en las ganancias finales, ya sea por el aporte de su trabajo en la cosecha o por el ahorro que significaba prescindir de cocineras rentadas.

Las valoraciones en torno al trabajo influían en la distribución desigual de las ganancias. Mientras que las tareas realizadas por los hombres eran consideradas generadoras de ingresos, el trabajo de las mujeres impactaba de forma indirecta en el ahorro familiar, aunque aquello significaba no reconocer económicamente ese trabajo y mucho menos los derechos laborales.

En síntesis, analizar los modos en los que se encontraba estructurado el trabajo en las fincas azucareras tucumanas permitió hacer visibles las desigualdades entre los diferentes miembros y las nociones que giraban en torno a lo que se consideraba trabajo y no trabajo.

Referencias bibliográficas

- Balán, J. (1976). *Migraciones, mano de obra y formación de un proletariado rural en Tucumán, Argentina. 1870-1914*. Demografía y Economía.
- Bialet Massé, J. (1904). *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República*. Buenos Aires.
- Bravo, M. y Gutiérrez, F. (2014). La política azucarera argentina. De la concentración sectorial al tutelaje estatal (1928-1949). *H-Industria. Revista de la historia de la industria y el desarrollo en América Latina*. (14), 153-185.
- Campi, D. (1992). *Captación forzada de mano de obra y trabajo asalariado en Tucumán 1856-1896*. Anuario del IEHS (VIII). UniCen.
- Campi, D. y Jorba R. (2001). *Un ejercicio de historia regional comparada. Coacción y mercado de trabajo. Tucumán y Mendoza en el horizonte latinoamericano (segunda mitad del siglo XIX)*. Ponencia presentada en IV Congreso Brasileiro de Historia Económica, San Paulo.
- Canal Feijóo, B. (1948). *De la estructura mediterránea argentina*. Buenos Aires.
- De Arce, A. (2016). *Mujeres, familia y trabajo. Chacra, caña y algodón en la Argentina (1930-1960)*. Editorial UNQ.
- Forni, F., Benencia, R. y Neiman, G. (1991). *Estrategias de hogares rurales en Santiago del Estero. Mercado de trabajo, reproducción y migraciones*. CEAL.
- Fotos antiguas de Termas de Río Hondo (s.f.). Trabajadores de la caña parten junto a sus familias desde Las Termas de Río Hondo hacia Tucumán [Grupo de Facebook].

Facebook. Recuperado de <https://www.facebook.com/photo/?fbid=1977180902481477&set=gm.2321185081364425&idorvanity=230850200397934>

- Gaignard, R. (2024). Una especulación tropical en crisis: las plantaciones de caña de azúcar en Tucumán (Argentina). *Travesía. Revista De Historia económica Y Social*, 13(1). <https://doi.org/10.70198/t.360>
- Garazi, D. (2023). El gusto de recordar: Facebook, historia y gastronomía. *Estudios Del ISHiR*, 13(36). <https://doi.org/10.35305/eishir.v13i36.1787>
- Giarraca, N. y Teubal, M. (1993). La integración económica con el Brasil y los pequeños productores cañeros. *Estudios Latinoamericanos*, III, III(5), 127-146.
- Giarraca, N., Bidoseca, K. y Mariotti, D. (2001). *Trabajo, migraciones e identidades en tránsito: los zafreiros en la actividad cañera tucumana*. CLACSO.
- Girbal Blacha, N. (1999). Economía azucarera tucumana y créditos en tiempo de peronismo 1946-1955. Una historia de conflicto y compensaciones. En *Anuario IEHS* (pp. 471 – 495). UniCen.
- Girbal Blacha, N. (2020). La Argentina rural en clave regional entre la agroindustria y la explotación forestal (1880-1960). *Revista de Historia Comparada*, 14(2), 111-154.
- Gorz, A. (1991). *La metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica*. Sistema.
- Haugg, D. (2022). *Cosechar y cuidar. Trabajo, género y luchas en la cosecha de yerba mate*. Grupo Editor Universitario.
- Ledesma, R., Paz, J. y Tasso, A. (2011). *Trabajo rural estacional en Santiago del Estero*. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social-OIT.
- León, M. (2003). *Mujeres y trabajos. Cambios impostergables*. CLACSO.
- Míguez, E. (2012). *Historia económica de la Argentina. De la conquista a la crisis de 1930*. Sudamericana.
- Paladini, M. (1969) *La terminología de la zafra azucarera tucumana*. Humanitas.
- Queirolo, G. (2020). *Mujeres que trabajan. Labores femeninas, Estado y sindicatos (Buenos Aires, 1910- 1960)*. Eudem y Grupo Editor Universitario.
- Reboratti, C. E. (1976). Migración estacional en el noroeste argentino y su repercusión en la estructura agraria. *Estudios Demográficos Y Urbanos*, 10(02), 235–253. <https://doi.org/10.24201/edu.v10i02.338>
- Remorini, C., Morgante, M. y Palermo, M. (2010). “Mamis” y “guaguas”: familia, maternidad y la crianza a través de las generaciones en Molinos. VII Reunión del Grupo De Trabajo Familia e Infancia. La Familia y sus miembros: pensando la diferencia en América Latina, Salta, Argentina.
- Salomón, A. y Muzlera J. (2021) *Diccionario del agro iberoamericano*. TeseoPress.

- Stock, M. (2016). Facebook: A Source for Microhistory? En K. Knautz y K. Baran (Eds.). *Facets of Facebook. Use and Users* (pp. 210-240). De Gruyter.
- Stolen, K. (2004). *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*. Antropofagia.
- Tasso, A. (2007). *Ferrocarril, quebracho y alfalfa. Un ciclo de agricultura capitalista en Santiago del Estero, 1870-1940*. Alición.
- Vignoli, M., Fernández, F., Garat, M. C. y González, G. (2021). *Mujeres y feminismos. Historias de lucha en Tucumán (1966-2021)*. Grupo Editor Universitario.
- Wainerman, C. (2007). *Mujeres que trabajan. Hechos e ideas*. En Susana Torrado (ed.) *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una Historia Social del siglo XX*. Edhasa.